

Stendhal y su cárcel de seda: en el umbral de la creación

Juan Bravo Castillo

Universidad de Castilla – La Mancha

Ninguna depuración más genuina que la acaecida tras un penoso descenso al infierno. Semejante palingenesia suele ser decisiva siempre que la atracción de la muerte no arrastre al hombre a extremos imprevisibles. Y ay de los que alcanzan la senectud sin haberse aventurado previamente por los confines del Hades. El alma humana sólo se alza verdaderamente a la grandeza en los lindes de la desesperación. Para entonces las alternativas se tornan diáfanas: el heroísmo o la resolución fatal. Sólo aquel que se interna más allá de los límites prohibidos puede volver a la ciudad portando un mensaje precioso de arcanos y claves precisas. La grandeza del artista comienza un poco más allá de su frustración y su desdicha. Y cuanto más hondo descienda en el abismo de lo desconocido, más demonios y maravillas aportará a su obra.

De eso tuvo conciencia Stendhal, y para quien lo ponga en duda, basta con que, cualquier atardecer, haciendo abstracción de la época mustia en que nos ha tocado vivir, tome los *Recuerdos de egotismo* y recorra sin excesivo apremio sus páginas inflamadas. La obsesión autobiográfica de la que es presa Stendhal con la llegada de la cincuentena, su ansia por conocerse, por saber qué clase de hombre ha sido en su singularidad y por adquirir la certeza acerca de su capacidad para lograr el máximo de dicha posible dentro de las circunstancias en que el azar le situó, no son sino razonamientos que sirven de preámbulo al verdadero motivo del libro; ese motivo es una mujer, y su nombre es Métilde, y ese libro no es sino la historia de un desgarrro existencial consecuente a la dramática ruptura que se produjo el día en que, desesperado, sale de Milán, en junio de 1821, sintiendo el cadáver de su juventud como un lastre sobre sus espaldas de hombre viejo:

Salí de Milán para París el (13) de junio de 1821, creo que con una cantidad de tres mil quinientos francos, considerando como única solución pegarme un tiro cuando se acabara aquel dinero. Dejaba, después de tres años de

intimidad, a una mujer a la que adoraba, que me amaba y que nunca se me entregó¹.

Cuatro años había durado la novela de Métilde, cuatro años imposibles de abordar –“Tal vez algún día, cuando ya sea bien viejo, cuando esté bien yerto, tendré el valor de hablar de los años 1818, 1819, 1820 y 1821”²–. La felicidad se vive, se siente, pero no se narra, tal es el dogma stendhaliano, y aún más cuando esa felicidad ha quedado reducida a cenizas en un ángulo de la plaza Belgiojoso de Milán. Métilde iba a ser el fantasma delicioso y trágico, la musa perdida, el único auténtico amor del sutil Henri Beyle que ocultaba un alma romántica, en medio de un fárrago de amores variopintos con actrices, damas de toda laya y ramera sublimas –la gran Ángela Pietragrua–, el golpe seco que le haría comprender, tras una amarga temporada en el infierno, que la única dicha duradera en la tierra pasa necesariamente por el arte y, en su caso, por la escritura.

La situación había ido empeorando durante los primeros meses de 1821. Métilde –Mathilde Viscontini, desposada con el oficial polaco Jan Dembowski en 1807–, patriota ardiente y sincera, según todos los indicios, y que incluso es probable que participara en alguna que otra conjura contra el gobierno austríaco que a la sazón dominaba Milán, poco a poco se fue mostrando más y más inflexible con aquel excéntrico adorador a quien –muy probablemente– jamás llegó a amar, aun cuando tampoco lo rechazara de forma ostensible. Incluso parece que finalmente llegó a dudar de su fiabilidad política. Semejante actitud no hará sino exacerbar la pasión desmedida de Stendhal, que, tras cometer toda clase de locuras³ para ganarse la estima de Métilde –como harán muchos de sus héroes posteriormente–, siente de pronto cernirse definitivamente sobre él la sombra del fracaso. Llega a tal extremo su abatimiento que se complace en dibujar una pistola al margen de un drama de amor que proyecta por aquel entonces, e incluso se atreve a bosquejar la lápida de mármol en forma de naípe que deberán poner en su tumba, con un famoso epitafio –escrito en dialecto milanés– que dice así:

¹ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1975, traducción y edición de Consuelo Berges, pp. 315-316.

² *Ibíd.*, p. 316.

³ Locuras, por lo general, comparables a las que andando el tiempo cometerán sus héroes novelescos. La más famosa, desde luego, tiene lugar en junio de 1819, cuando desatendiendo la expresa prohibición de Métilde, que se va a Volterra a pasar una temporada cerca de sus hijos, internos en el colegio de San Michel, Stendhal se presenta allí disfrazado con una extraña indumentaria y provisto de unos anteojos verdes para poderla contemplar sin ser reconocido. Actitud romántica que le ocasionará un serio rapapolvo cuando finalmente ella acabe descubriendo su presencia.

ERRICO BEYLE
MILANESE
visse, scresse, amo
Quest'anima
adorava
Cimarosa, Mozart e Shakespeare
mori di anni...
il... 18...

La salida honrosa del suicidio será una obsesión perentoria frente a la esperanza egotista de extraer toda la felicidad posible de la existencia. Paradójicamente, aquella pasión, que había dado origen a un libro inmortal –nada menos que un tratado, *Sobre el amor*, en el que se analizaban rigurosamente las distintas modalidades amorosas, así como las diferentes fases del amor-pasión hasta alcanzar esa famosa cristalización definida por Stendhal como “la operación del espíritu que extrae de todo cuanto se le presenta el descubrimiento de que el objeto amado goza de nuevas perfecciones”⁴–, semejante pasión no había sido sino un singular idilio platónico interrumpido en el umbral de su iniciación, un amor frustrado y no correspondido, un amor acaecido únicamente en el espíritu enfebrecido de un exiliado solitario.

Superada, pues, aquella primera tentación de muerte –“Creo que fue la curiosidad política la que me impidió terminar de una vez; acaso, sin darme cuenta, fue también el miedo de hacerme daño”⁵–, dado que su situación política y amorosa en Italia se tornaba agobiante, Stendhal se despidió de Métilde esperando inútilmente la ansiada palabra de aliento que nunca habría de oír. Nos imaginamos la escena:

– ¿Cuándo volverá? –me preguntó.

– Espero que nunca.

Hubo una última hora de discusiones y de vanas palabras, una sola hubiera podido cambiar mi vida futura, no por mucho tiempo, ¡ay!... Esta alma angelical cobijada en un cuerpo tan bello dejó la vida en 1825⁶.

Y Stendhal, así, de repente, sin respetar la cronología autobiográfica, nos da ya la clave pulsional del libro que acaba de iniciar. 1825 significará la quiebra definitiva de una esperanza albergada vagamente y el adiós a sus ilusiones de reanudar un amor capaz de colmar otro vacío muy anterior, el que dejara en él la muerte de su madre Henriette Gagnon, fallecida en 1790, en Grenoble, a consecuencia de un desgraciado parto. Hay heridas que sólo

⁴ STENDHAL: *Del Amor*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, traducción y edición de Consuelo Berges, libro I, cap. 2, “Del nacimiento del amor”, p. 101.

⁵ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 316.

⁶ *Ibid.*

pueden ser sublimadas mediante un buen libro, una escritura capaz de afrontar la tragedia traumática y de restañar la llaga. Y de igual modo que en la *Vida de Henry Brulard* el fantasma añorado de Henriette lo invade todo y se erige en tema latente y fundamental del que se derivan todos los demás abordados, Métilde, en los *Recuerdos de egotismo*, es el leit-motiv pulsional que sirve de tema inspirador a esa inmersión en una época amarga de su vida, el paréntesis que va de 1821 –en lo más hondo de su desdicha– a 1830, fecha de su salida definitiva del infierno, y todo ello por más que dichos *Recuerdos* se interrumpan a los quince días de su iniciación, interrupción hasta cierto punto lógica si tenemos en cuenta, primero que la confesión ya estaba en líneas generales hecha, segundo que Henri Beyle constata que aún no está maduro para la auténtica autobiografía, esa misma que iniciará tres años más tarde con su *Vida de Henry Brulard*, acosando esta vez los miasmas de su infancia y abordando decididamente el trauma largos años enquistado que supuso para él la pérdida de su madre.

A punto de iniciarse el verano de 1821, emprende, pues, Beyle camino de regreso a París con el corazón destrozado. Conforme se acerca a Como siente que las fuerzas le flaquean: “Iba de Milán a Como temiendo a cada instante y hasta creyendo que iba a desandar el camino”⁷. El patetismo no puede ser mayor una vez alcanzado ese hermoso enclave alpino: “Aquella ciudad donde yo creía no poder permanecer sin morir, no pude dejarla sin sentir que me arrancaban el alma; era como si dejase allí la vida, ¡qué digo!, ¿qué era la vida comparado con ella? Expiraba a cada paso que daba para alejarme. No respiraba más que suspirando (Shelley)”⁸. El bello trayecto que va de Como al Gran San Gotardo pasando por Airolo, Bellinzona y Lugano –“El sonido de esos nombres incluso hoy día, 20 de junio de 1832, me hace estremecer”, reconoce el narrador⁹– Beyle lo recorre como enajenado, hablando con los postillones y contestando seriamente a sus preguntas acerca del precio del vino. Todo antes que contemplarse a sí mismo y tocar conciencia del horror de su situación. Alcanzado el San Gotardo, abominable en aquella época del año –exactamente igual que las montañas de Cumberland, pero con precipicios, en palabras del narrador¹⁰–, Beyle intenta pasarlo a caballo, aun cuando sabemos muy bien de su horror a las caídas sobre los cantos rodados que ceden bajo las pezuñas del animal –caídas de las que pocos de sus héroes se librarán–, bien es cierto que esta vez la muerte para él es el consuelo temido pero ansiado. Y viendo a ese hombre vencido que regresa a Francia dejando atrás su patria de elección, el lector no puede por menos de retrotraerse a aquel joven y osado dragón que, en la *Vida de Henry Brulard*, veintidós años antes, en mayo de 1800, con tan sólo 17 años y

⁷ *Ibíd.*

⁸ *Ibíd.*

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ *Ibíd.*, p. 317.

pletórico de ilusión y entusiasmo¹¹, atraviesa por primera vez los Alpes, esta vez en dirección contraria, como Bonaparte, soñando con Rousseau, sorteando continuos peligros –como lo hará Fabricio del Dongo–, para acabar aquella travesía preguntándose entre asombrado e ingenuo una vez más, “¿Y el San Bernardo no es más que esto?”¹². El joven dragón era ya la prefiguración perfecta y acabada del modelo heroico stendhaliano, en tanto que el adulto rendido y desengañado no tendría más remedio que recrear en adelante, como narrador, las gestas inconclusas de su juventud frustrada.

Viendo el postillón que le acompaña los riesgos inútiles en los que Beyle incurre, le detiene advirtiéndole que poco le importa su vida, pero que en caso de despeñarse, pocos viajeros se atreverían a ir después con él, con el consiguiente perjuicio económico. A lo cual, en uno de esos contrapuntos irónicos tan frecuentes en él, Beyle le responde:

–Pero bueno, ¿no ha adivinado que tengo la v... (vérole) (sífilis); no puedo caminar¹³.

La llegada a Altorf viene marcada por la figura de Guillermo Tell. El narrador, conmovido únicamente por los detalles minúsculos e insignificantes, no puede por menos de enternecerse ante una tosca estatua de Tell con un faldellín de piedra; y en seguida surge la meditación que, una vez más, le lleva directamente a Métilde: “He aquí, pues, pensaba con una dulce melancolía que por primera vez reemplazaba a una seca desesperación, he aquí, pues, en qué paran las más bellas cosas a los ojos de los hombres vulgares. Así, tú, Métilde, en medio del salón de madame Traversi”¹⁴. Psicológicamente, el detalle –como cada línea de su autobiografía– es

¹¹ Ese mismo entusiasmo le servirá Stendhal de motivo pulsional, algunos años más tarde, cuando describa, al principio de *La Cartuja de Parma*, el paso por el Gran San Bernardo de las tropas del general Bonaparte que llevan el espíritu revolucionario a una Italia a la sazón dividida.

¹² Todos los héroes stendhalianos –a imagen de su creador– serán presa de ese mismo desencanto derivado de un exceso de imaginación que siempre sobrepasa las mediocres proporciones que ofrece la realidad. Así ocurre, por ejemplo, con Fabricio del Dongo, al día siguiente de la batalla de Waterloo, o con Lamiel, cuando aguijoneada por el deseo de conocer lo que es el sexo, le paga diez francos a un mediocre pueblerino para satisfacer su curiosidad, o al mismo Stendhal, cuando llega por primera vez a París.

¹³ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 317.

¹⁴ *Ibid.* Mme Traversi, prima hermana de Métilde Dembowsky, fue en Milán la declarada enemiga de Henri Beyle y en todo momento obstaculizó sus amores. Métilde solía pasar las veladas en su mansión, y especialmente los domingos. En los *Recuerdos de egotismo* aparece frecuentemente como una especie de leit-motiv fatídico. “Esta funesta amiga –escribe, por ejemplo, en el cap. 2–, que me odiaba, tenía envidia de su prima y la había convencido, directamente y a través de sus amigos, de que se desacreditaría por completo si me tomaba como amante”. E incluso en un proyecto autobiográfico esbozado en 1822: “Tan sólo tuvo un enemigo, Mme Traversi. Podría haberse vengado de ella de un modo atroz, pero se guardó bien de hacerlo para no enfadar a Léonore (Métilde)”. En su ensayo *Sobre el amor* son frecuentes las alusiones a esta dama, que dejó en la crónica milanese fama de galante y cruel, y no es difícil identificarla –en una de esas frecuentes transposiciones novelescas de Stendhal– en la Mme Derville de *Rajo y Negro*.

altamente revelador. Beyle, que ha visto las grandes hecatombes de su siglo, espectáculos que hicieron época como la retirada de Moscú después de convertida en formidable hoguera piramidal, se conmueve sin embargo ante la vulgar estatua de un gran hombre por la pura y simple razón de que él sí ha comprendido, tras comprobar el destino de Napoleón o el suyo mismo, cuál es la suerte que las nuevas generaciones burguesas, ávidas ante todo de beneficio, reservan a héroes, a idealistas o a poetas. Sus novelas serán todas un intento de resucitar un heroísmo que parece ser ya cosa del pasado, en medio de un mundo zafio. Corazones tiernos, de élite, entre corazones implacables producto de una forma antinatural de vida. La estatua de Tell en Altorf es la pura prefiguración simbólica del mundo heroico degradado por culpa de un sistema de valores nuevos impuestos por una burguesía de cortas y mezquinas miras.

De Altorf, Beyle, en compañía de unos oficiales suizos que forman parte de la guardia de Luis XVIII –su bestia negra–, toma el camino de París, pasando por Gersau, Lucerna, Belfort y Langres. El instante más penoso es cuando, de Basilea a Belfort, la comitiva deja atrás las bellas montañas suizas y se adentra en la miserable región de Champagne. Una vez más, la impresión de París y sus alrededores ofrecerá cruel contraste en el grenoblés con las montañas alpinas: “Los alrededores de París me habían parecido horriblemente feos; ¡no había ninguna montaña!”, escribe en la *Vida de Henry Brulard*, con motivo de su primera llegada a París en 1800¹⁵. Desagrado reiterado en los *Recuerdos de egotismo*: “Francia, y sobre todo los alrededores de París, no me han gustado nunca...”¹⁶. Además, la inminencia de la llegada, imponiéndose con toda su crudeza, le plantea otra grave cuestión que poco a poco se convertirá en reiteración obsesiva. El hombre de las montañas del Dauphiné deberá precaverse y ocultar sus desdichas ante los ojos y las miradas inquisitivas de esos parisinos mordaces con los que en adelante tendrá que convivir. “La peor de las desdichas –me dije– sería que esos hombres tan secos, mis amigos, en medio de los cuales voy a vivir¹⁷, adivinasen mi pasión, ¡y por una mujer que no ha sido mía!”¹⁸. E

¹⁵ STENDHAL: *Vida de Henry Brulard*, Madrid, Alfaguara, 1988, traducción y edición de Juan Bravo Castillo, p. 303.

¹⁶ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit. p. 317.

¹⁷ No tuvo excesiva buena suerte Stendhal con sus amigos –salvo excepciones, como en el caso de Di Fiori, o como en el de su primo Colomb, que tanto hizo por su gloria póstuma– probablemente por culpa de su equívoca actitud a partir de la época de sus fracasos amorosos, a los que vino a añadirse su precaria situación social consecuente a la caída de Napoleón. Él mismo se queja de esa desdicha en el capítulo II de la *Vida de Henry Brulard*, cuando escribe: “Mis amigos de entonces (1830), messieurs de Mareste y Colomb, pertenecían a una especie singular: hubieran hecho sin duda activas gestiones para sacarme de un gran apuro, pero cuando yo salía con un traje nuevo habrían dado veinte francos, sobre todo el primero, para que me echaran encima un vaso de agua sucia. (Excepto el vizconde de Barral y Bigillion –Saint-Ismier–, casi todos los amigos que he tenido a lo largo de mi vida han sido de esa clase)”. (Ed. citada, pp. 23-23).

¹⁸ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 318.

inmediatamente el narrador, que en junio de 1832 dialoga con su otro yo, el de 1821, percibe una de las claves de su conducta a lo largo de ese período de tiempo aciago que trata de abarcar con su pluma: “Por primera vez lo veo, al escribir esto, que este miedo, mil veces repetido, fue en realidad el principio rector de mi vida durante diez años”¹⁹. Y todo por no haber llevado fielmente a la práctica el temprano consejo de su donjuanesco tío Romain Gagnon, su iniciador en la vida galante, cuando, en noviembre de 1799, al dejar Grenoble y despedirse de él, le dedica esta larga tirada que quedó grabada a fuego en su memoria:

– Amigo mío –me dijo–, tú te crees una gran cabeza, estás lleno de un orgullo insoportable por tus éxitos en las matemáticas, pero todo eso no sirve para nada. En el mundo sólo se medra por las mujeres. Tú eres feo, pero no te reprocharán tu fealdad, porque tienes expresión. Tus amantes te dejarán, y ten bien presente esto: nada más fácil que hacer el ridículo en el momento en que una mujer le deja a uno. Después de esto, un hombre ya sólo sirve, a los ojos de las otras mujeres, para echarlo a los perros del lugar. Antes que pasen veinticuatro horas de haberte dejado una mujer, declárate a otra; aunque sea a una criada, a falta de otra cosa²⁰.

El alma cándida de Henri siempre se debatirá en tales controversias consigo mismo, pero su corazón romántico acabará aprisionado en el entorno mítico italiano forjado alrededor del fantasma de Métilde. Su empecinamiento, su ceguera –y probablemente también su escaso atractivo físico– harán que renuncie en parte al hombre dieciochesco que siempre llevó dentro, al Don Juan que siempre le fascinó, para caer en las redes –lo mismo que su héroe Fabricio del Dongo en la Torre Farnesio– de un depurado romanticismo al que en adelante será fiel y gracias al cual acabará convirtiéndose en uno de los grandes novelistas de su siglo. Henri olvidará, pues, el sabio consejo del refinado seductor grenoblés, en lo que concierne a una pronta declaración a la dama más a mano con la que contrarrestar el marchamo de su hombría puesta en entredicho, pero le bastará ahora acercarse a su punto de destino para que de repente aflore su agudo sentido del ridículo del que desde muy temprano sufrió. De ahí que ahora, ante lo que considera una tragedia vergonzante, decida ocultar su intimidad bajo siete llaves, dejando ver únicamente a ojos del mundo la torpe réplica de una mordacidad irreverente e iconoclasta que ante todo le acarrearán incomprensiones, enemistades y también, por qué no, algún que otro reconocimiento, ajeno, por la general, al mundo de las letras.

“Entré en París –escribe²¹–, que encontré más que feo, insultante para mi dolor, con una sola idea: que no me adivinaran”. E inmediatamente, en uno de esos contrapuntos tan habituales en su forma de escribir, como

¹⁹ *Ibíd.*

²⁰ *Ibíd.*, p. 396.

²¹ *Ibíd.*, p. 318.

queriendo poner tierra entre él y su pesar, añade: “Al cabo de ocho días, al ver la ausencia política, me dije: “Aprovechar mi dolor para t L 18” (O sea para “tuer Louis XVIII”)²².

En París, Beyle se aloja en el hotel de Bruxelles, en el número 47 de la calle Richelieu, regido por un singular personaje dieciochesco llamado monsieur Petit. Acude allí a instancias del que va a ser durante unos años su amigo de confianza, Adolphe de Mareste, que en los *Recuerdos de egotismo* aparece bajo el pseudónimo de M. le baron de Lussinge –“El piemontés más seco, más duro, más parecido a La Rancune (del *Roman Comique*) que jamás conocí”, escribe Stendhal²³. Y, aun cuando éste se muestra remiso a la hora de acercarle a sus conocidos, acabará no obstante presentándole a dos personajes que desempeñarán un papel importante en estos meses de dura prueba para Beyle. El primero, M. Barot, banquero de Charleville –cuyo auténtico nombre, según Martineau²⁴, era Rémy Lolot–, ocupado por aquel entonces, siempre según Stendhal²⁵, en amasar una fortuna de 80.000 francos de renta, y dilapidando 20.000 en mujeres; el segundo, un tal M. Poitevin, personaje no identificado ni tan siquiera por los más perspicaces stendhalistas, seductor parisino, extremadamente coqueto, pero de escasa renta.

La monotonía de sus jornadas y la inactividad a la que se ve sometido no contribuirán precisamente a hacerle olvidar su drama íntimo. Instalado a las diez y media de la mañana con Lussinge en el café de Rouen –enclavado asimismo a la sazón en la calle Richelieu–, Beyle, después de degustar un buen café con dos bollos, acompaña habitualmente a su amigo a su despacho en la Prefectura de policía dando un rodeo por las Tullerías y por los muelles del Sena, comentando los pequeños sucesos del día y deteniéndose religiosamente en cada puesto de grabados. Al quedarse solo, y con el fin de guarecerse de los calores estivales, Beyle generalmente opta por volver de nuevo a las Tullerías en busca del frescor bajo los grandes castaños de Indias, cruzándose a menudo con la carroza del obeso Luis XVIII –con sus ojos de buey– lentamente arrastrada por seis grandes caballos, encuentro que no hace sino incrementar su sensación de náusea invencible. Son duras esas primeras horas de la tarde del caluroso verano, horas larguísimas de soledad y suplicio en que todo le evoca el nombre de Métilde. Beyle, que cada vez se siente más y más atraído por la obra de Shakespeare hasta el punto de tomar la decisión, un par de meses más tarde, de emplear parte de sus mermadas economías en un viaje a Inglaterra con el objetivo esencial de ver representadas algunas de sus obras, aprovecha su ocio para leer fragmentos de sus dramas en inglés, pero no puede evitar que, de cuando en cuando, su mente extraviada pierda el

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*, p. 319.

²⁴ STENDHAL: *Souvenirs d'égotisme*, Edition d'Henri Martineau, París, Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade, 1955, p. 1612.

²⁵ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 322.

hilo de la lectura y se ponga a pensar en Métilde. Alguna que otra mañana, Beyle, siempre entusiasta de la pintura italiana, acude al Museo, pero de nuevo la contemplación de aquellos lienzos le retrotraen a Brera y a Métilde. Y llega un momento en que, acuciado por las pulsiones de muerte, se pregunta: “Puesto que no puedo olvidarla, ¿no haría mejor en matarme?”²⁶. Son horas de tormento raramente mitigado en que una y otra vez vemos a un Henri Beyle incapaz de salir de sí mismo y de su terrible vacío existencial. Todo lo que en París agrada, a él le causa horror. Incluso los liberales, cuyas ideas comparte, le resultan en ese momento insoportablemente estúpidos después de los años pasados entre patriotas italianos.

Es por esta época cuando Beyle comienza a aficionarse a los largos paseos en solitario por las calles de París, sumido en una tierna ensoñación, hasta el punto que le resultará sumamente molesto que cualquier conocido venga a sacarlo de tal trance: “Cuando lo veo de lejos y tengo que pensar en saludarle, esto me contraría a cincuenta pasos de distancia”²⁷. De ahí el placer que para él supondrá el hecho de vagar por una ciudad extranjera, bien seguro de no ser reconocido por nadie. Pasión del anonimato estrechamente relacionada con su pasión por el pseudónimo²⁸, y que es el recurso lógico del hombre que, no sintiéndose a gusto en su propio entorno, se ve obligado a constreñirse constantemente:

Si no fuera por el mareo –confiesa–, me iría a viajar por América. ¿Me creerán? Llevaría careta, cambiaría de nombre con sumo placer. *Las mil y una noches* que adoro ocupan más de la cuarta parte de mi cabeza. Pienso a menudo en el anillo de Angélica; mi soberano placer sería convertirme en un alemán alto y rubio y pasearme así por París²⁹.

La compañía de Lussinge, si bien le distrae, resulta no obstante extremadamente empobrecedora para Beyle, ya que con él puede hablar de todo excepto de aquellas cosas que en el fondo más le interesan como es el amor o los proyectos literarios, que cada vez ocupan un lugar más privilegiado en su espíritu. Algo semejante ocurre con el resto de los amigos con los que se reúne, a las cinco, a la mesa del hotel de Bruxelles, puesto que,

²⁶ *Ibid.*, p. 350.

²⁷ *Ibid.*, p. 335.

²⁸ Hasta 109 pseudónimos llegó a utilizar Henri Beyle. Pasión por el pseudónimo acerca de la cual existen diversas teorías. Valéry, por ejemplo, afirma que tan frecuente uso no es tanto para ocultarse como para sentirse vivir bajo diversas facetas. Pero lo cierto es que, si bien Beyle emplea a menudo el pseudónimo como medio de ocultar su personalidad en una época y en unos ambientes no excesivamente favorables, basta profundizar en su trayectoria existencial para constatar que semejante inclinación está íntimamente relacionada con el rechazo del mundo paterno, como una constante búsqueda de la propia identidad, de un estilo y de una forma de ser que le conducirán del “Bombei” con el que firma en 1814 las *Vidas de Haydn, de Mozart y de Metastasio*, y del “M.B.A.A.” –M. Beyle ancien auditeur– de la Historia de la pintura en Italia, al Stendhal –definitivo– con el que a los 34 años –ya en plena posesión de una técnica y un universo propios– firmará *Roma, Nápoles y Florencia*.

²⁹ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 336.



si bien halla en ellos refugio contra el tedio cotidiano, a menudo también le ocasionan problemas, en especial cada vez que advierten en él ciertos indicios de abatimiento y él se ve obligado a ponerse en guardia cometiendo todo tipo de torpezas con tal de soslayar la cuestión fundamental que tanto le obsesiona: “Cuando uno de aquellos señores sospechaba que yo estaba triste, me ponía a hablar mucho, y a veces decía las mayores tonterías y esas cosas que no se deben decir nunca en Francia porque ofenden la vanidad del interlocutor”³⁰. Una vez más, el miedo a ser adivinado le hará recurrir a la máscara, lo que tendrá como consecuencia funesta para él, ahora precisamente que comienza a adquirir cierta notoriedad, que se vaya consolidando en torno a él una opinión falsa acerca de su personalidad, en especial entre sus más íntimos amigos:

Siempre he hablado con excesiva ligereza y sin la menor prudencia, y en esta época, hablando sólo por aliviar siquiera un momento un punzante dolor, pensando sobre todo en evitar el reproche de haber dejado un amor en Milán y estar triste por esto, lo cual hubiera suscitado chanzas sobre mi pretendida amante, chanzas que yo no habría tolerado. Realmente debía de parecer loco³¹ a aquellos tres hombres enteramente exentos de imaginación³².

Por fin, a eso de las diez y media de la noche, tras algunas horas de errancia por los bulevares parisinos viendo divertirse a los elegantes del gran mundo mientras él se muere de hastío, Beyle se dirige a diario a casa de Madame Pasta, actriz milanesa afincada en París³³. A su proverbial afición por la vida nocturna en círculos frecuentados por intelectuales y gentes mundanas, se une como en el caso presente, no sólo su devoción por Giuditta Pasta —una de esas personas con quien reconoce haber fracasado en sus relaciones personales por exceso de admiración³⁴—, sino también el embrujo

³⁰ *Ibid.*, p. 323-324.

³¹ Locuras que, tal y como apuntábamos en la nota 3, son el más preclaro atributo del héroe stendhaliano, que jamás cesará de cometerlas, y nunca como entonces se revelan: su fuerza de alma. Locuras de adolescente de Fabricio del Dongo —huida a Waterloo, muerte de Giletti—; locuras del corazón de Mme de Rênal. Locuras gracias a las cuales los personajes stendhalianos vivirán instantes de éxtasis, ignorando la impronta del tiempo y adentrándose en el umbral de la eternidad.

³² STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 324.

³³ Mme. Pasta era a la sazón la cantante más célebre de Italia. Stendhal se deshace en elogios sobre ella particularmente en su *Vida de Rossini*. Según Beyle, cantaba de manera incomparable, aún más admirablemente de lo que hubieran previsto los compositores de ópera. Se entregaba, por lo demás, tan en cuerpo y alma a sus papeles operísticos que, al volver a su casa, pasaba horas enteras en un sofá llorando, presa de los nervios, antes de recobrarse. Stendhal, que le profesaba una admiración sin límites, intentó inútilmente enamorarla, hasta que al final juzgó preferible mantener con ella una buena y sincera amistad.

³⁴ En el capítulo 35 de la *Vida de Henry Brulard*, Stendhal, aludiendo al exceso de admiración que profesó a Gros, jacobino y patriota, de quien recibió admirables lecciones particulares de matemáticas en Grenoble, escribe: “Lo adoraba y lo respetaba tanto que probablemente no le resultó grato. He producido tan a menudo este efecto desagradable y sorprendente, que se debe quizás a un error de mi memoria el que lo atribuya a la primera de mis apasionadas

que ejerce sobre él el ambiente italiano, y en concreto milanés, que allí se respira. Además, por aquel salón, de vez en cuando, aparece algún que otro viajero procedente de Milán. Y aunque a ninguno se atreve a preguntarle directamente por Métilde –“habría muerto antes que nombrarla”³⁵–, a menudo obtiene noticias frescas de ella. Existe, y aquí podemos comprobarlo plenamente, mucho de masoquismo y de autocomplacencia en la actitud de Beyle para con Métilde, ya que, por más que confiese que se esfuerza por olvidar, vemos claramente que en ningún momento permite que se apague la llama de su pasión, e incluso vanamente se atreve a alimentarla, de ahí que noche tras noche juegue hora tras hora infatigablemente a las cartas, fascinado por un entorno que le retrotrae al pasado:

Durante todo un invierno jugué al faraón hasta el amanecer en casa de Madame Pasta, silencioso, encantado de oír hablar milanés y respirando la idea de Métilde en todos los sentidos³⁶.

“Faraón” que no es sino un pretexto, y al que juega sin prestar atención a las pérdidas, aun cuando sus economías fueran más bien parcas por aquella época. Lo esencial para él es la ensoñación profunda en que se ve sumido durante esas veladas que, según sus propias palabras, “hicieron época en su vida”³⁷. Llegará incluso un momento –algunos meses más tarde– en que Beyle se decida a abandonar el hotel de Bruxelles por un apartamento en el tercer piso de la misma vivienda que ocupaba Madame Pasta, excentricidad que dará pábulo a todo tipo de comentarios displicentes por arte de ciertos habituales del círculo de M. de Tracy, que también él frecuenta, y que –según Stendhal– acabarían llegando a oídos de Métilde:

Métilde, en Milán, supo que yo me pasaba la vida en casa de una actriz. Quizá esta idea acabó de curarla³⁸.

Nueva presunción y nueva contradicción por parte de Stendhal, cuyo orgullo de hombre enamorado se debate sin cesar entre la amargura del fracaso amoroso y la objetividad que en todo momento debe conservar una autobiografía. ¿Capacidad de autoengaño o miedo a aceptar una realidad insoportable? No obstante, esta confidencia resulta más reveladora de lo que en principio parece, ya que pone de manifiesto el vago sentido de culpabilidad de Stendhal para con Métilde a quien veneraba, pero a la que, en cierto modo y con mayor o menor razón –no olvidamos la conducta contradictoria de la milanese–, traicionaba muchas noches, acudiendo a

admiraciones. Caí mal a monsieur a Tracy y a madame Pasta por admirarlos con demasiado entusiasmo”. (Edición citada, p. 296).

³⁵ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 352.

³⁶ *Ibid.*, pp. 347-348.

³⁷ *Ibid.*, p. 352.

³⁸ *Ibid.*, p. 347.

finalizar la velada en casa de la condesa Kassera³⁹, actitud que, tal y como el propio Stendhal reconoce, Métilde, en cierta ocasión, llegó a reprocharle aunque con suma delicadeza y de un modo un tanto ambiguo, hasta el punto de que sólo muchos meses más tarde, después de abandonar Milán, comprendió el verdadero sentido de sus palabras⁴⁰.

El círculo de Giuditta Pasta será, pues, el puente de plata que permitirá a Beyle mantener viva la llama de su pasión. Él, que, como bien reconoce en el capítulo I de los *Recuerdos de egotismo*, abrumaba con sus cartas a los amigos de Milán para conseguir veladamente media palabra sobre Métilde, acabará refugiándose en el único sitio de París donde le es posible proseguir su ensueño, aunque para ello se vea obligado a soportar la conversación prosaica de la Rachele –madre de Giuditta– o a perder poco a poco los escasos francos que aún le quedan de su etapa anterior, todo con tal de conversar durante horas en milanés, esa variante del italiano que tanto le deleita, y de permanecer al acecho de esa noticia de Métilde que forzosamente surge de cuando en cuando. Después –pero eso será ya más tarde, en 1822–, concluida la velada, sumido en su delirio, subirá a su apartamento del tercero y se pondrá a corregir, con lágrimas en los ojos, las pruebas de su libro *Sobre el amor*.

Ahora bien, el horror de la temporada en el infierno de Stendhal entraña otros matices sustanciales que conviene analizar. La autobiografía stendhaliana, a diferencia de la de Rousseau, tan aderezada y tan pulcra, o las *Memorias de Ultratumba de Chateaubriand*, tan armoniosas, equilibradas en sus partes, y tan cautelosas, es portadora de reductos sombríos, de confidencias inconfesables que jamás se permitiría en una novela, y que constituyen uno de sus máximos atractivos y una de sus principales novedades. “Me divierto escribiendo todas las flaquezas del animal; no me ando con ningún tipo de miramientos conmigo mismo”, escribía a su amigo Domenico Di Fiori desde Civita-Vecchia, el 12 de junio de 1832. El alma humana es portadora de gérmenes ambiguos y sólo una escritura audaz –como la que un siglo más tarde pondrá en práctica André Gide y después Michel Leiris– puede sacarlos a la luz, y sólo así es posible conocer a fondo al hombre, con sus flaquezas y sus desvaríos. Por eso Stendhal, que aspira a llegar al fondo de su naturaleza, no duda en contar con detalle una experiencia orgiástica en su libro, experiencia si no única en la literatura, sí, desde luego, rara. Y digo rara porque son muy pocos los autobiógrafos que,

³⁹ La condesa Kassera era una joven viuda milanese que, hasta el momento de casarse en segundas nupcias con el conde Borgia, tuvo especial fama de mujer ligera y fácil. Beyle, como buen noctívago, gustaba frecuentar los ambientes nocturnos frívolos donde ejercer sus dotes de conversador.

⁴⁰ En efecto, en los *Recuerdos de egotismo* (p. 329), Stendhal escribe: “Una tarde, Métilde me hablaba de su amiga madame Bignami. Me contó de ella una historia de amor muy conocida, y luego añadió: “Figúrese qué suerte la suya: todas las noches su amante, al salir de casa de ella, iba donde una prostituta”. Cuando me marché de Milán comprendí que esta frase moral no tenía nada que ver con la historia de madame Bignami, sino que era una advertencia moral para mi uso”.

antes de Gide, abordan las cuestiones tabúes concernientes al sexo. Stendhal, por el contrario, y ése es otro signo suyo de modernidad, nos narra, con un candor y un verismo sin paragon, en el capítulo III de sus *Recuerdos de egotismo*, la experiencia sexual frustrada que aquel mismo verano de 1821 tuvo con una joven y bella prostituta, Alexandrine, experiencia que no hará sino poner una vez más de manifiesto el alcance de su pasión por Métilde. Amor ideal y sexo enfrentados hasta conformar toda una teoría de la incompatibilidad. “El amor –confiesa– originó en mí, en 1821, una virtud muy cómica: la castidad”⁴¹. Forzosamente sorprendido, el lector avanzará en su lectura, ávido de descubrir ese secreto celosamente guardado.

La historia es de sobra conocida: en vista de la inutilidad de los intentos de sus tres amigos del hotel de Bruxelles por animarlo, dos meses después de su llegada a París –en agosto de 1821– deciden organizar una discreta orgía. De ello se encarga concretamente Barot –cuya inclinación por las mujeres ya quedó debidamente reseñada– en connivencia con Madame Petit, una de sus antiguas amantes. La estrella de la reunión es una espléndida meretriz llamada Alexandrine, a la sazón debutante, en lo más tierno de su juventud. Su llegada causa admiración: “Era una muchacha esbelta, de diecisiete a dieciocho años, ya formada, con unos ojos negros que después he vuelto a ver en el retrato de la duquesa de Urbino, de Tiziano, en la galería de Florencia. Exceptuando el color del cabello, Tiziano ha hecho su retrato”⁴². Inútil narrar al efecto que semejante aparición produce entre los concurrentes. Lussinge, tras ofrecerle en vano una copa de champán, se apresura a desaparecer con ella y, pasado un buen rato regresa muy pálido. Barot y Poitevin, volviéndose entonces hacia Beyle, le invitan a pasar primero y él acepta la deferencia sin vacilar. “Encuentro a Alexandrine tendida en una cama –escribe⁴³–, un poco fatigada, casi en el traje y exactamente en la misma postura que la duquesa de Urbino, de Tiziano”. Ella, nada tímida, pero aún no dispuesta, le pide un poco de conversación antes de iniciar el juego amoroso. El marco es perfecto y la situación casi de ensueño: “Estaba adorable –escribe Stendhal⁴⁴–. Acaso nunca he visto nada tan bello. No había en ella demasiado libertinaje, excepto en los ojos, que poco a poco se fueron animando y se llenaron de locura y, si puede decirse, de pasión”. Pero he aquí que, tras una de esas brascas elipsis frecuentes en sus escritos, el narrador, cambiando de registro, confiesa su sorprendente fracaso:

Hubo *fiasco* completo. Recurrí a una compensación, y ella se prestó. No sabiendo qué hacer, intenté volver al mismo juego de mano, que ella rehusó. Pareció sorprendida; yo le dije algunas palabras bastante bonitas para mi posición, y salí⁴⁵.

⁴¹ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 327.

⁴² *Ibid.*, p. 327.

⁴³ *Ibid.*, p. 328.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid.*

La escena que sigue resulta fácilmente imaginable; Barot le sucede en el lecho de Alexandrine, que inmediatamente le cuenta lo acaecido, y las carcajadas comienzan a resonar por todo el aposento. Sale poco después trayendo consigo a la aún asombrada joven y, entre chanzas, todos acaban enterándose de la frustrada experiencia sexual de Beyle:

Las carcajadas duraron veinte minutos; Poitevin se revolcaba en la alfombra. El asombro ingenuo de Alexandrine era magnífico; era la primera vez que a la pobre muchacha le pasaba eso⁴⁶.

La crueldad de sus amigos, tan patente en esta escena –“Aquellos señores, escribe Stendhal⁴⁷, querían convencerme de que me moría de vergüenza y de que era aquél el momento más horrible de mi vida–, y tan temida, contrasta con la actitud del propio narrador: “Yo estaba extrañado y nada más –confiesa, añadiendo inmediatamente, y dándonos de paso, la clave (la suya, desde luego) de tal fiasco–. No sé por qué me había venido la idea de Métilde al entrar en aquella habitación en la que Alexandrine constituía tan bonito ornamento”⁴⁸.

Las inhibiciones sexuales de Stendhal han servido incluso de tema de tesis doctorales –y digo inhibiciones, en plural, porque la experiencia con Alexandrine no era algo nuevo en él–. En efecto, tal y como nos recuerda Martineau⁴⁹, ya en su *Diario*, Stendhal describe cómo a su regreso a Rusia sufrió algunos accesos de frigidez parcial de escasa importancia, hipoejecitabilidad transitoria, que, al parecer, era fenómeno frecuente entre los marinos y exploradores que pasaban largas temporadas alejados de la sociedad de las mujeres. Pero incluso mucho antes, con tan sólo dieciocho años, existen cumplidas referencias de un primer fiasco. Además, la habilidad de Beyle para recurrir de inmediato a otros medios compensatorios puede sin duda servirnos para aventurar la tesis de que nos hallamos ante un fenómeno un tanto habitual en él. Por lo demás, conviene recordar que tan sólo cinco años más tarde de su fiasco con Alexandrine, inmediatamente después de su nueva ruptura sentimental –esta vez con Clementine Curial–, Stendhal, con su primera novela *Armancia*, abordará la espinosa cuestión de la impotencia en la figura de Octavio de Malivert.

En el caso de Alexandrine, ciertos críticos, como es el caso de Béatrice Didier⁵⁰, aducen tal inhibición a la impresión estética que la joven despierta en él –la alusión al cuadro de Tiziano–, olvidando que, como se desprende de las palabras del propio Stendhal, en el instante de la escena

⁴⁶ *Ibíd.*

⁴⁷ *Ibíd.*, pp. 328-329.

⁴⁸ *Ibíd.*, pp. 329.

⁴⁹ H. MARTINEAU: *L'Oeuvre de Stendhal*, Paris, Albin Michel, 1951, p. 332.

⁵⁰ STENDHAL: *Souvenirs d'égotisme*, Édition de Béatrice Didier, Paris, Gallimard, Folio, 1983, p. 223.

descrita, el narrador aún no sabe de la existencia de ese cuadro de la duquesa de Urbino, puesto que él mismo asegura que fue después cuando lo descubrió, retrotrayendo entonces la impresión estética al recuerdo –probablemente doloroso aún– de su fiasco con Alexandrine. Más vale, pues, tomar si no al pie de la letra, sí al menos con cierta fiabilidad, las palabras del propio Stendhal, sobre todo porque sabemos del exceso de imaginación inherente a su carácter, y porque tenemos asimismo conciencia de lo anómalo de su estado y de la depresión de que es objeto. Y en su tratado *Sobre el amor*, basándose sin duda en similares experiencias, escribía⁵¹: “Si entra un grano de pasión en el corazón, entra un grano de fiasco posible (...) Cuanto más locamente enamorado está un hombre, mayor es la violencia que se debe imponer para atreverse a tocar tan familiarmente, corriendo el riesgo así de enfadar a un ser que, para él, asemejándose a la Divinidad, le inspira al mismo tiempo el extremo amor y el extremo respeto”. Semejante análisis, que explica aunque sea en parte su comportamiento en este lance concreto, queda, por lo demás, corroborado por las palabras del doctor Gauzy en una de las tesis aludidas⁵², ya que, según él, una impresión puramente psíquica pudo ser lo bastante fuerte como para inhibir completamente sus facultades que un contacto más enérgico era aún susceptible de despertar; o por las del doctor Rousseau⁵³, que opina que el comportamiento de Stendhal con Alexandrine puede ser atribuido a la existencia de una neurosis atenuada, neurosis que en ningún caso nos permitiría emitir contra Beyle una acusación de impotencia o de frigidez.

De cualquier modo, y dejando a un lado las lucubraciones acerca de un hecho anecdótico que el propio Stendhal no pone reparos en confesar con una franqueza que podríamos calificar de asombrosa para la época, lo fundamental es el estado inhibitorio en el que su fracaso amoroso con Métilde lo ha sumido, estado que provocará la mofa entre aquellos mismos que pretenden animarle (aun cuando es evidente que en ningún momento llegó la cosa a mayores, ya que el propio narrador reconoce que a partir de aquella velada aumentó considerablemente su amistad con Barot), y que irremediablemente le hará pasar por babilan⁵⁴ entre aquellos compañeros que el azar le había deparado; fama que se difundió hasta que –según palabras del

⁵¹ STENDHAL: *Del amor*, op. cit., cap. 60, “Del fiasco”, p. 296.

⁵² GAUZY, P.A.E.: *Stendhal malade*, Bordeaux, Y. Cadoret, 1928, p. 45. Cita tomada de BOSSELAERS, R.: “Amour et bonheur, Stendhal “babilan” inverti?”, *Stendhal Club*, nº 50, 1971, p. 146.

⁵³ ROUSSEAU, X.G.M.: *Notes médicales sur Stendhal*, Paris, Jouve et Cie, 1938. Cita tomada asimismo de BOSSELAERS, R.: op. cit., p-g. 147.

⁵⁴ *Babilano*, en italiano, significa impotente. El término se deriva de un noble genovés, Babilano Pallavicino que, desposado en 1675, se tuvo que separar de su esposa, tras un aireado proceso judicial, acusado de incapacidad para ejercer sus funciones de marido. El término fue introducido en Francia por el Presidente de Brosses y aparece asimismo en *Le Voyage en Italie* de Lalande.

narrador– Madame Azur –Alberthe de Rubempré⁵⁵, con quien mantuvo un breve pero tumultuoso idilio en 1828– diera cuenta de sus “hechos y gestas”.

Pero eso supone adelantar acontecimientos, sobre todo porque para entonces, tras su nuevo y estrepitoso fracaso con Clémentine Curial en 1826, Beyle ya se puede decir que había logrado salir de su temporada en el infierno. Volvamos, pues, por el momento a esa época tenebrosa de sus paseos por las Tullerías, de sus veladas en el salón de Madame Pasta y de sus fiascos; esos meses sombríos de 1821 en los que sólo la obsesión de la muerte venía a mitigar de cuando en cuando el peso de su vacío existencial y su angustia. Transcurre el verano y Beyle permanece encerrado en sí mismo, incapaz no sólo de reaccionar, sino ni siquiera de confiarse en mayor o menor medida a alguien que tal vez –como en el caso de la condesa de Tracy– hubiera podido hacerle olvidar en parte sus males. La idea del ridículo amoroso le sigue obsesionando, una idea que, como veremos, le resulta aún más insoportable que la de hacerse pasar por “babilan”. Sigue, por lo demás, sordo a los antiguos consejos de su tío Romain a los que aludíamos anteriormente. Parece como si la herida no fuera a cicatrizar jamás:

París –escribe en los *Recuerdos de egotismo*⁵⁶– no me inspiraba ya más que repugnancia. Estaba ciego (...) Estaba desesperado, o mejor dicho profundamente asqueado de la vida de París, y sobre todo de mí mismo. Me encontraba todos los defectos, hubiera querido ser otro.

Ninguna otra solución por el momento que “poner –con sus propias palabras⁵⁷– una colina entre él y el Duomo de Milán”. Su actitud recelosa, por lo demás, no hace sino granjearle enemistades y sobre todo una fama de huraño que le acompañará mientras viva. Y eso sin contar la cantidad de oportunidades de toda índole desperdiciadas cuyos ecos llenan

⁵⁵ Alberthe de Rubempré, prima de Delacroix, y que en los escritos íntimos de Stendhal figura bajo el pseudónimo de “madame Azur” –ya que vivía en la rue Bleue–, mantuvo durante un breve período un, al parecer, intenso idilio con Beyle, hasta que, como él mismo reconoce, de tanto hablarle de ella a su amigo Merimée, acabó en brazos de éste, sin que tampoco ese nuevo idilio se prolongase demasiado. Lo cual demuestra que esta *catin non sublime*, término empleado por Stendhal para diferenciarla de la *catin sublime* por excelencia (Ángela Pietragrua), era un tanto ligera en materia amorosa. De cualquier modo, Stendhal reconoce que ella fue una de las francesas menos “muñecas” de cuantas llegó a conocer (*Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 322), y, por lo que se refiere a la intensidad de su pasión para con ella, en la *Vida de Henry Brulard*, op. cit., p. 33, nos hace la siguiente curiosa declaración: “Al amarla (refiriéndose a su madre) a los seis años quizá –1789–, tenía yo absolutamente el mismo carácter que en 1828, cuando amaba apasionadamente a Alberthe de Rubempré. Mi manera de ir a la caza de la felicidad en el fondo no había cambiado en absoluto”. Es muy probable, por lo demás, que Stendhal se inspirara en muchos rasgos de su forma de ser para crear, por aquella época, el personaje de Matilde de la Mole en *Rojo y Negro*, detalles que ella percibirá y así se lo hará saber en sus cartas, ya que tras su ruptura se mantuvo durante años una relación cordial entre ambos.

⁵⁶ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 355.

⁵⁷ *Ibid.*

constantemente las páginas de su autobiografía⁵⁸. El remedio contra la desesperación ser de nuevo el viaje en pos de una nueva ilusión: su gran amor, intelectual esta vez, por Shakespeare, y ese espléndido actor, Kean, cuyas actuaciones en Londres despiertan inusitada admiración: “Iba a Londres –escribe⁵⁹– a buscar un remedio al *spleen* –término que más tarde popularizará Baudelaire en Francia– y lo conseguí bastante”.

Y fue así como, en septiembre de 1821 –según los *Recuerdos*–, pero en realidad el 19 de octubre según los exégetas⁶⁰, Beyle inicia su viaje hacia las Islas Británicas con las obras de Shakespeare en el equipaje y con intención de reunirse en Londres con Barot y con Lussinge⁶¹. Le acompaña en la diligencia uno de esos ingleses aventureros y extrovertidos que tanto pululaban por Europa y en especial por París. Se llama Edouard Edwards, tiene 30 años, es valiente, perdulario y un tanto extravagante. Anteriormente Beyle había tenido sus más y sus menos con él al negarse rotundamente a presentárselo a Madame Pasta. La situación tampoco debió de llegar sin embargo a mayores, puesto que nada más encontrarse en el coche entablan una charla animada que le hace menos penoso el monótono trayecto entre París y Calais por Abbeville y Montreuil-sur-Mer. “Estas largas carreteras blancas dibujándose a lo lejos sobre el terreno apenas ondulado –escribe⁶²– me hubieran abrumado de no ser por la charla de Edwards”.

En Calais, su estado de exaltación, por primera vez después de muchos meses, le hace olvidar su deplorable condición:

En Calais hice una gran tontería. Hablé en la mesa como un hombre que lleva un año sin hablar. Estuve muy animado. Casi me emborraché de cerveza inglesa. Un capitán inglés de pequeño cabotaje, medio palurdo, hizo algunas

⁵⁸ El tema de las ocasiones erradas constituye un auténtico leit-motiv en los *Recuerdos de egotismo*, y una continua obsesión, lógica si consideramos la delicada coyuntura durante la cual Stendhal redacta esas páginas y su natural frustración ante la menesterosa y difícil situación en que se encuentra después de vivir una época excepcional. La autobiografía, por lo demás, se presta extraordinariamente a este juego de posibilidades frustradas o futuribles de una existencia.

⁵⁹ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 355.

⁶⁰ El problema de las fechas en los libros autobiográficos stendhalianos está íntimamente relacionado con la rapidez de ejecución de una escritura al primer trazo que intenta aprehender la verdad de los hechos. Al igual que, llegado el momento, Stendhal –en especial en la *Vida de Henry Brulard*– no duda en dibujar un croquis que, al tiempo que le sirve de desencadenante de la memoria, le evita algo para él tan especialmente molesto como es tener que describir, Stendhal, por lo que se refiere a las fechas, se fía grosso modo de su memoria, o bien deja un blanco con la intención de completarlo en un futuro que, por suerte o por desgracia para su autobiografía, jamás llegó, y digo por suerte porque, gracias a su inacabado, estos libros conservan toda la frescura de un borrador genial. Lo esencial, pues, es no interrumpir el flujo de la memoria una vez iniciado el acto de escritura y evitar todo lo que suponga un obstáculo, fiándose en todo momento de los continuos acarreos de una memoria singular.

⁶¹ Stendhal, no obstante, nos hace más tarde la salvedad (*Recuerdos de egotismo*, ed. cit., p. 362) de que no está completamente seguro de si el propio Lussinge lo acompañaba ya en esa diligencia o bien se reúne más tarde con él en Londres.

⁶² STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 356.

objeciones a mis cuentos; yo le repliqué alegremente y de buen humor. Aquella noche tuve una indigestión terrible, la primera de mi vida⁶³.

La escena es importante porque por fin volvemos a encontrar al Beyle que todos conocemos, con sus locuras y sus arrebatos, en un ambiente propicio. Esa aventura siempre a punto en cualquier rincón inesperado. Y si Beyle, debido a su estado, se muestra en ese momento indeciso y hasta condescendiente con el petimetre, muy pronto será el mismo Edwards quien delicadamente le haga observar lo impropio de su comportamiento con él:

A los pocos días Edwards me dijo con mesura, cosa muy rara en él, que en Calais debí responder bravamente y no alegremente al capitán inglés⁶⁴.

Y héte aquí a los dos viajeros buscando al oficial inglés por todos los figones del puerto, ávidos de venganza y dispuestos para un duelo que ambos desean afrontar. “Dos o tres veces sentí erizarse el vello de los brazos creyendo reconocerle”, confiesa Stendhal⁶⁵. Y aunque el tan ansiado encuentro no llega a producirse, la aventura de Calais supone ya un primer giro sustancial en el estado de ánimo del maltrecho narrador:

En Calais estaba yo ebrio de alegría, de charloteo y de cerveza. Fue la primera infidelidad al recuerdo de Milán⁶⁶.

En Londres, Beyle se hospeda en Tavistock Hotel, en Covent Garden, un hotel frecuentado por gentes acomodadas que van de provincias a la capital. Su lugar preferido es el salón, donde se come lo que se quiere y cuanto se quiere por dos chelines –“Nos hacían beefsteaks y más beefsteaks o nos ponían delante un trozo de carne asada de cuarenta libras con un cuchillo bien afilado”⁶⁷–. El salón se comunica con la plaza de Covent Garden por medio de unos arcos; allí, cada mañana, Beyle contempla el pausado deambular de los burgueses británicos y observa sus aires graves, el aspecto abatido de algunos de ellos, llamándole en especial la atención la falta de afectación y de fatuidad tan típicas en la sociedad francesa. En ese ambiente su ánimo se templó y las horas del almuerzo, sobre todo, le sirvieron de sosiego. Día a día aprende a leer maquinalmente los periódicos ingleses que en el fondo –y como bien reconoce– apenas le interesan. Su alma, no obstante, continúa enferma, particularmente cada vez que se encuentra con un individuo grosero o se ve obligado a soportar la conversación de uno de esos obesos y ordinarios comerciantes provincianos que frecuentan Londres con

⁶³ *Ibid.*, p. 357.

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ *Ibid.*, p. 358.

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ *Ibid.*

cierta asiduidad. Su refugio serán los paseos a lo largo del Támesis hacia Little Chelsea; allí, una vez más, los detalles minúsculos y pueriles le servirán de consuelo: “Había allí unas casitas adornadas de rosales que fueron para mí la verdadera elegía”⁶⁸.

El 19 de noviembre, por fin, ponen en escena *Otelo*, protagonizada por Kean. Beyle, que aguarda ese instante con impaciencia, acude a la representación:

Estuve a punto de ser aplastado antes de conseguir mi entrada de parterre. Los momentos de espera en la cola me recordaron vivamente los hermosos días de mi juventud, cuando nos dejábamos aplastar en 1800 por ver el estreno de *Pinto*⁶⁹.

La confusión es tal a la entrada por entre los pasadizos tortuosos de Covent Garden, que Beyle cree imposible cualquier tipo de placer esa tarde, sin embargo, cuál no será su asombro cuando, una vez acomodados, todos se miran con aire cordial y afable: “Nos dijimos algunas palabras amables sobre las penalidades pasadas; como ya se me había pasado la rabia, me entregué plenamente a mi admiración por Kean, al que sólo conocía por las hipóboles de mi compañero de viaje Edouard Edwards”⁷⁰.

Por fin llegan a Londres sus dos amigos, Barot y Lussinge. El primero se empeña en contratar a una especie de factótum y, fiel a sus aficiones, no tarda en organizar una de sus típicas bacanales. El asunto esta vez resulta un tanto escabroso, ya que las meretrices en cuestión residen en Westminster Road, barrio bastante alejado a la sazón del centro de Londres y extremadamente peligroso, “admirablemente adecuado para que cuatro amantes de las mozas pudiesen zumbiar a unos franceses”⁷¹. Las advertencias son tan serias que en un principio dudan en acudir a la cita, pero, llegado el momento, Barot y Beyle, atraídos por el peligro y la aventura, deciden tomar el coche y adentrarse en la peligrosa barriada, en tanto que Lussinge opta por permanecer en el hotel. Barot, evocando desastres pasados, le dice que cierta sorna a Beyle: “Si ha estado usted tan brillante con Alexandrine en una casa encantadora, en el centro de París, ¿que no hará usted, pues, aquí?”⁷². Beyle, que ha aceptado el desafío con cierta aprensión y tan sólo por evitar el tedio de una noche en Londres sin el consuelo del teatro, calla. Por fin, tras un largo recorrido por una serie de callejas sin pavimento en las que por dos veces el coche está a punto de volcar, se detienen ante una casa de tres pisos, pero de unas dimensiones tan reducidas –tan sólo unos veinticinco pies de altura, nos dice Stendhal– que los dos amigos comienzan a sentir curiosidad. La idea del peligro sigue no obstante sin desvanecerse. Pero he aquí que, en

⁶⁸ *Ibíd.*

⁶⁹ *Ibíd.*, p. 361.

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 362.

⁷¹ *Ibíd.*, p. 364.

⁷² *Ibíd.*

vez de encontrarse con tres mujeres desaharrapadas como habría sido lógico, quienes les aguardan son tres muchachitas de cabellos castaños, un poco tímidas, muy atentas y muy pálidas. Nada más entrar prosiguen las sorpresas:

Los muebles eran ridículamente pequeños. Barot es grueso y alto, yo grueso; no hallábamos dónde sentarnos, literalmente hablando: los muebles parecían hechos para muñecas. Teníamos miedo de aplastarlos. Nuestras mujeres notaron nuestro apuro, y el suyo aumentó. No sabíamos absolutamente qué decir⁷³.

Barot sugiere entonces trasladarse al jardín y ellas acceden complacientes, pero al ver que sus dimensiones están en consonancia con el resto de la vivienda, los dos amigos no pueden contener la risa. Sin embargo, y eso es lo importante, el cínico Beyle comienza a enternecerse ante aquellos humildes instrumentos de economía doméstica, ante aquellos mueblecitos tan limpios y tan viejos, ante aquella miseria tan dignamente llevada, hasta el extremo de oponerse rotundamente a Barot cuando éste le sugiere pagarles y marcharse de allí sin demora. Aún no han terminado de tomar el té y ya se ha instaurado entre ellos una atmósfera de cordialidad e intimidad tan patente, que el propio Beyle se atreve a confiarles sus anteriores recelos ante el estupor de las jóvenes. “Entonces –escribe Stendhal⁷⁴– yo estuve como con unos amigos cariñosos a quienes volviera a ver después de un año de viaje”. Atmósfera puramente stendhaliana que nos evoca otros momentos similares a los que tan sensible fuera su alma: las cenas en casa de Victorine Bigillion y sus hermanos en su Grenoble natal, tal y como lo refiere en la *Vida de Henry Brulard*⁷⁵, o la conversación íntima de Julien Sorel con Matilde de la Mole y su hermano tras la intempestiva caída del caballo del primero, momento excepcional, pero intensamente vivido y narrado⁷⁶.

⁷³ *Ibíd.*

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 365.

⁷⁵ “Los Bigillion –escribe Stendhal en el capítulo XXVII de la *Vida de Henry Brulard*, ed. cit., pp. 225-226-227– vivían en la Rue Chenoise (...) En aquel apartamento, situado en el tercer piso, vivía con los Bigillion su hermana, mademoiselle Victorine Bigillion, muy sencilla, muy bonita, pero no de una belleza griega; tenía, por el contrario, un rostro alóbrogo (...) Formábamos un grupo muy joven y sin ningún pariente adulto que pudiera molestarnos (...) Vivíamos por aquel entonces como conejillos que juegan en el bosque mientras ramonean el tomillo. Mademoiselle Victorine era el ama de casa; me ofrecía de vez en cuando racimos de uvas pasas envueltos en pámpanos atados con un hilo que me gustaban casi tanto como su linda cara (...) En aquel tercer piso transcurrieron los momentos más felices de mi vida”.

⁷⁶ “Julían –escribe Stendhal en el capítulo III de la 2TM parte de Rojo y Negro, Madrid, Espasa-Calpe, Austral, 1985, p. 369-370– logró interesar de tal manera a sus oyentes sobre su infortunio, que al final de la comida, cuando la conversación general tomó otro rumbo, la señorita Matilde aún seguía preguntando a su hermano detalles del desgraciado accidente. Como las preguntas continuaban y la mirada de Julián se cruzó varias veces con la de la joven, se atrevió a contestar directamente, aun cuando no fuese interrogado, y los tres acabaron por reír como lo hubieran podido hacer tres jóvenes habitantes de un pueblo en el fondo de un bosque”.

Acabada la velada, Barot y Beyle se retiran con sus respectivas amigas a sus aposentos. De nuevo se reaviva la inquietud cuando advierten que ninguna puerta cierra adecuadamente. Pero, como apunta el narrador, “¿de qué hubiesen servido puertas y buenas cerraduras? De un puñetazo en cualquier parte se podían romper los pequeños tabiques de ladrillo”⁷⁷. Barot, que ocupa en el segundo piso la habitación situada encima de la de Beyle, prosigue la chanza con éste: “Si le asesinan –le grita– llámeme”⁷⁸. Beyle pretende dejar la luz encendida, pero el pudor de su amiga no se aviene a semejante capricho. “Era encantadora, pequeña, bien formada, pálida (...) y por lo demás, tan sumisa y tan buena...”⁷⁹. Antes de irse con ella a la cama, sin embargo, Beyle deposita en la mesa de noche las pistolas y el puñal de los que va provisto, lo que provoca de nuevo el sobresalto de la muchacha. Todo el esperpento de la escena contrasta en todo momento con la ternura que progresivamente invade a Beyle.

La noche, como es lógico, resulta apacible. A la mañana siguiente mandan buscar a Lussinge, que acude poco después bien aprovisionado con un excelente almuerzo y muy sorprendido del entusiasmo de sus amigos. Tras la copiosa comida, y después de dejarles vino y fiambres –magnificencia que deja un tanto confusa a las jóvenes–, prometen volver al atardecer. “Durante todo el día –escribe Stendhal⁸⁰– no pensé en otra cosa que en la velada buena, dulce y tranquila (*full of snugness*) que me esperaba”. Y es tal su impaciencia que incluso la sesión de teatro le parece larga. Por fin llegan Barot y él a la insignificante morada llevando consigo gran acopio de botellas de clarete y champagne que deja boquiabiertas a las anfitrionas, pero que en ningún momento se excederán en sus modales. “Nada más decente que toda su conducta”, escribe Stendhal⁸¹. Lo que sigue, mejor expresarlo con las palabras del propio narrador:

Fue –confiesa– el primer consuelo real e íntimo en la desgracia que emponzoñaba todos mis momentos de soledad⁸².

Consuelo real e íntimo que no es sino la culminación de ese primer estado de exaltación vivido en Calais poco antes y que inicia la curva descendente, aunque sinuosa, de un dolor renovador. Y aunque el narrador de 1831 reacciona inmediatamente reprobando su conducta extravagante –“Bien se ve, escribe⁸³, que yo no tenía más que veinte años en 1821. Si hubiera tenido treinta y ocho, como parecía probarlo mi partida de bautismo, habría

⁷⁷ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 365.

⁷⁸ *Ibíd.*

⁷⁹ *Ibíd.*

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 366.

⁸¹ *Ibíd.*

⁸² *Ibíd.*

⁸³ *Ibíd.*

podido buscar ese consuelo junto a las mujeres honradas de París que me mostraban simpatías–, no es difícil constatar que en el fondo sigue fiel a un modelo de conducta antisocial –al menos en lo que se refiere a la sociedad francesa– ante las esencias del gran mundo poblado de seres cuya nota predominante es la afectación y la hipocresía. Sus preferencias siempre tenderán hacia esos ambientes íntimos donde un alma sensible como la suya no se vea obligada a fingir una conducta opuesta a su temperamento. Y es que, en el fondo, él ya es Julián Sorel y Fabricio del Dongo –no, desde luego, los que vemos actuar febrilmente al principio de *Rojo y Negro* o de *La Cartuja de Parma*, sino ese Julien y ese Fabricio que, un tanto hartos de batallar, eludirán la sociedad en la medida de lo posible, aunque a menudo sigan obligados a afrontarla–. Los espacios del placer íntimo, junto a los espacios de las torres elevadas o las prisiones alejadas del corpus social, continuamente se contrapondrán en su obra a los espacios de unos fríos salones donde impera el hastío, el tedio y el vacío existir de seres fatuos y arrogantes.

En el capítulo VI de los *Recuerdos de egotismo*, en las páginas consagradas a esta aventura con las muchachas de Westminster Road, existe un párrafo tachado por el propio Stendhal, plenamente significativo, donde nos hace la siguiente confesión: “Lo gracioso es que, durante todo el resto de mi estancia en Inglaterra, me sentía desgraciado cuando no podía terminar mis veladas en esta casa”⁸⁴. Lo que nos demuestra que la aventura no constituyó un hecho esporádico. Por eso no puede extrañarnos que en el momento en que los tres amigos se disponen a regresar a París a finales de noviembre –el 21 exactamente–, la prostituta con la que Beyle pasa las noches, en un arranque de amor, le pida que la lleve consigo asegurándole que no le resultaría nada gravoso y que se alimentaría a base de patatas. Pero para entonces, Beyle ya tiene su decisión tomada, y aunque reconoce que con ella hubiera evitado muchos momentos diabólicamente negros en París, su negativa es rotunda. Una vez más se impone su egoísmo de inveterado solterón que incluso, un tanto impudicamente, se atreve a sacar a colación el caso de Pauline, su hermana preferida –como queda plenamente de manifiesto en la *Vida de Henry Brulard*– a quien le dirige las primeras cartas de su densa correspondencia, orientándola en la vida con la seriedad de un tutor, y a quien le insiste reiteradas veces para que se venga a vivir con él a París después de quedarse viuda, para acabar tratándola de “lapa fastidiosa agarrada a la carena de su barco”⁸⁵ y de la que tan sólo a duras penas y tras un fuerte enfado logró liberarse.

⁸⁴ STENDHAL: *Souvenirs d'égotisme*, Edition de Béatrice Didier, *op. cit.*, p. 240.

⁸⁵ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, *op. cit.*, p. 368. Stendhal –tal y como podemos comprobar al leer la *Vida de Henry Brulard* o su Correspondencia –adoraba a su hermana Pauline– lo contrario que a su hermana pequeña, Zénaïde, “la rapporteuse”, mimada y protegida por su padres y su tiránica tía Séraphie–. Las primeras cartas que Stendhal escribe desde París van destinadas a Pauline y en ellas se manifiesta como una especie de tutor intelectual, aconsejándole todo tipo de lecturas, en especial la de los Ideólogos. Stendhal, por lo demás, sueña con que ella se decida a venir a vivir con él a París. Sin embargo, cuando tal deseo pudo

La verdad es que Beyle regresa a París con el sincero deseo de convertirse en un ser más sociable, de recurrir a la mediación y al consuelo de cualquier mujer honesta –como es el caso de la condesa de Tracy, esposa de Destutt de Tracy, la única de ese círculo que supo comprenderle– con quien recobrar la normalidad tras aquellos meses de suplicio moral. De ahí que comience a frecuentar con mayor asiduidad el salón del autor de aquella *Ideología* y aquella *Lógica* que tan honda impronta ejercieran en sus años mozos, salón donde reina una personaje mitológico de 75 años, el general La Fayette⁸⁶ y su nutrido plantel de nietas sentadas en un bello diván azul con sus pretendientes. Es la época en que Beyle comienza a colaborar en el *Paris Monthly Magazine* y cuando logra por fin recuperar el manuscrito de su ensayo *Sobre el amor* que llevaba extraviado casi un año en el correo de Estrasburgo. Seguirá, asimismo, frecuentando a su amiga Madame Pasta, lo que le ocasionar fuertes críticas entre los Tracy, opuestos a las costumbres licenciosas de las actrices, críticas que alcanzarán su punto álgido cuando Beyle decida –como ya vimos– trasladarse al tercer piso del hotel des Lillois, en el 64 de la rue Richelieu, el mismo edificio en que residía Madame Pasta. Poco a poco se irá produciendo no obstante, aunque con altibajos, el resurgimiento stendhaliano:

Al llegar el verano de 1822, un año aproximadamente después de mi marcha de Milán, ya no pensaba sino pocas veces en escapar voluntariamente de este mundo. Mi vida se iba llenando no de cosas agradables, pero, en fin, de cosas

realizarse y Paulina se reunió con él en Milán, en 1817, tras la muerte de su esposo François Perier-Lagrange, el fracaso fue total. Para entonces Stendhal se había convertido en el empedernido solterón independiente que conocemos y la presencia de su hermana en su hogar fue una traba excesiva que no pudo soportar.

⁸⁶ De magistral podríamos calificar la descripción que Stendhal nos hace de él: “Una larga estatura y, coronando este gran cuerpo, un rostro imperturbable, frío, insignificante como un viejo cuadro de familia, la cabeza cubierta, en el copete, con una peluca de pelo corto, mal hecha; este hombre, vestido con un traje gris mal hecho también y que, cojeando un poco y apoyándose en el bastón, entraba en el salón de madame de Tracy, que le llamaba *mon cher Monsieur* en un tono de voz encantador, era el general de La Fayette en 1821. Y así nos lo ha mostrado el gascón Scheffer en un retrato muy parecido (...) También me di cuenta, sin que nadie me lo advirtiera, de que monsieur de La Fayette era sencillamente un héroe de Plutarco. Vivía al día sin demasiada inteligencia, realizando, como Epaminondas, la gran acción que se presentaba. Mientras tanto, a pesar de su edad (había nacido en 1757, como su compañero de Juego de Pelota Carlos X), se preocupaba únicamente de palpar por detrás las faldas (*vulgo* pellizcar el culo) a alguna guapa muchacha, y esto muchas veces sin recatarse demasiado (...) Monsieur de La Fayette, a esa tierna edad de setenta y cinco años, tiene el mismo defecto que yo: se apasiona por una joven portuguesa de dieciocho años que llega al salón de madame Tracy, en el que es amiga de sus nietas, las señoritas Georges La Fayette, de Lasterye, de Maubourg; se figura que ella le distingue, no piensa más que en ella y lo gracioso es que muchas veces se lo figura con razón. Su gloria europea, la profunda elegancia con que habla, a pesar de su aparente sencillez, los ojos que se le animan en cuanto se encuentra a un pie de distancia de una bonita espetera, todo contribuye a hacerle pasar alegremente sus últimos años, con gran escándalo de las mujeres de treinta y cinco (...) que vienen a este salón” (*Recuerdos de egotismo*), *op. cit.*, pp. 337-338-339).

cualesquiera que se interponían entre mí y la última felicidad que había sido objeto de mi culto.

Tenía dos placeres muy inocentes: primero charlar después de almorzar paseando con Lussinge o con algún hombre conocido mío; tenía ocho o diez, todos, como de costumbre, resultado de la casualidad; segundo, cuando hacía calor, ir a leer los periódicos ingleses en el jardín de Galignani. Allí releí con delicia cuatro o cinco novelas de Walter Scott⁸⁷.

Recobrada, pues, en parte la salud moral, y una vez en su poder aquel precioso manuscrito, escrito, como él mismo confiesa, a lápiz en Milán durante sus intervalos de lucidez, paseando y pensando en Métilde, Beyle se propone corregirlo y editarlo a sabiendas del riesgo que supone evocar cierto tipo de recuerdos: “Pensar un poco profundamente en esta clase de cosas me ponía demasiado triste; era como pasar violentamente la mano por una herida apenas cicatrizada”⁸⁸. Y aunque en el capítulo V de los *Recuerdos de egotismo* nos dice que aprovechaba las noches del verano de 1822 para –tal como quedó dicho–, en su tercer piso del hotel des Lillois, una vez concluida la velada en casa de Madame Pasta, realizar tales correcciones entre lágrimas, lo cierto es que fue –como él mismo reconoce más tarde, en el capítulo X– en Montmorency –enclave profundamente romántico y marcado indeleblemente por el recuerdo de Rousseau– donde Stendhal, después de alquilar una habitación adonde acudía cada tarde tras un viaje de dos horas en la diligencia de la rue Saint-Denis, se consagró a tal menester:

Era una cosa muy arriesgada para mí corregir las pruebas de un libro que me recordaba tantos matices de sentimientos experimentados en Italia (...) En medio de los bosques, sobre todo a la izquierda de la Sablonnière según se sube, corregía mis pruebas. Estuve a punto de volverme loco⁸⁹.

De nuevo acuden a su mente las viejas obsesiones y el deseo irresistible de volver a Milán. “No sé cómo pude resistir”, escribe⁹⁰, evocando dicha tentación. Y una vez más, como en la *Vida de Henry Brulard*, la fuerza y la intensidad de la pasión anularán cualquier reminiscencia precisa: “Sólo recuerdo –comenta el narrador⁹¹– la forma de los árboles de aquella parte del bosque de Montmorency”.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 390.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 391.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 394.

⁹⁰ *Ibid.*

⁹¹ *Ibid.* En la *Vida de Henry Brulard*, Stendhal reconoce en varias ocasiones (Cap. X, XXXV, XXXIX, XLIII, XLV y XLVI) que la emoción y el sentimiento actuaron siempre negativamente sobre sus recuerdos, hasta el punto de borrarlos totalmente en los instantes en que se vio abocado a fuertes sensaciones, como en el caso presente en que su recuerdo vago permanece íntimamente unido a esa franja de arbolado, o con ocasión de su primer “duelo” escolar con el “ogro” Udrú (Cap. XXXII) –un escolar violento y de gran corpulencia a quien un día provocó–, duelo que tuvo lugar en las afueras de Grenoble ante un nutrido grupo de compañeros. En semejante trance,

Pero qué importan los detalles cuando lo esencial de la confesión ya está hecha. Los *Recuerdos de egotismo*, escritos en catorce días –del 20 de junio al 4 de julio de 1832–, a un determinado número de páginas por día, y sirviéndose de un procedimiento originalísimo que anuncia lo que habrá de ser la escritura automática surrealista, una escritura al primer trazo⁹² que indaga en los entresijos de la propia identidad, ahondando en los traumas y persiguiendo la catarsis de una confidencia íntima, habrían de quedar inacabados; sin embargo, el objetivo latente inicial –no el de conocerse, sino el de afrontar su drama de Milán, y no digamos el que suponía captar el tono definitivo de la autobiografía– quedaría más que cumplido. El nudo existencial traumático consiguiente a su salida de Milán y que comenzaría a adquirir nuevos matices al verano siguiente –el de 1822– con la vuelta a la obra, quedaría cerrado. Lo que Stendhal se vio obligado a callar herméticamente por prejuicios y por coherencia con su propia personalidad y que, paradójicamente, sería fuente de inspiración única a la hora de gestar obra tras obra de modo semejante –salvando las distancias– a como el gusano de seda confecciona su capullo, por lo pronto se torna libro puramente autobiográfico que vendría a ocupar un lugar preferencial dentro del puzzle de los escritos íntimos stendhalianos.

El 17 de agosto de 1822 aparecería *Sobre el amor* en las librerías parisinas, pasando casi por completo inadvertido⁹³. En noviembre de ese mismo año, Beyle comenzaría su colaboración en el *New Monthly Magazine*. Viajaría, como Frédéric Moreau al final de la *Educación sentimental*, incluso

su miedo era tal –según nos cuenta el propio Stendhal– que para precaverse de él, el joven Henri se queda mirando fijamente el contorno de un roquedo en forma de T, contorno que incluso dibuja dos veces en el manuscrito. Tal es el único recuerdo nítido, ya que, por lo demás, ni siquiera sabe con exactitud si llegó o no a disparar la pistola.

⁹² Se sabe que Stendhal escribía muy deprisa –siete semanas le bastaron para poner a punto *La Cartuja de Parma*–; ahora bien, la rapidez en la escritura es la nota fundamental, premeditada, en sus escritos autobiográficos, realizados, a diferencia de sus novelas, sin plan previo, con el único fin de aspirar a la autenticidad. La escritura al primer trazo es para Stendhal la condición *sine qua non* del redescubrimiento del yo. En cuanto a la circunstancia de escribir tantas páginas por día, sin ideas preconcebidas, seguro de que mediante dicho ejercicio, el gesto mismo de la escritura acabará por hacer surgir algo inesperado sumido largo tiempo en las profundidades de la conciencia, Philippe Lejeune (“Stendhal et les problèmes de l'autobiographie”, *Actes du Colloque Interuniversitaire*, Grenoble, 1976, p. 33) lo compara con el método de los arqueólogos, que excavan sistemáticamente una cantidad determinada de metros cuadrados de arcilla por día sin saber qué se oculta debajo.

⁹³ Cuenta Martineau al respecto (*L'Oeuvre de Stendhal*, Albin Michel, 1951, París, p. 211) que, dos años después de poner a la venta el libro, Mongie, el editor, escribía el autor este duro epigrama: “No he vendido ni tan siquiera cuarenta ejemplares de este libro, y puedo decir como de las *Poesías sagradas* de Pompignan: Sagradas lo son porque nadie las toca”. A lo que Stendhal replicó: “Aun cuando mis obras tuvieran que permanecer sagradas, como dice elegantemente M. Mongie, tal circunstancia funesta me parece menos humillante que la necesidad de ir al despacho del *Constitucional* a solicitar un artículo”. Y así, por más que el fracaso de esta obra, por la que siempre sintió una gran predilección, le afectara profundamente, Stendhal solía bromear al respecto alegando que la edición de su libro estaba casi agotada puesto que gran parte de ella había sido embarcada en un navío para servir de lastre.

se atrevería a volver a Italia, aunque no a Milán⁹⁴, conocería un nuevo idilio, intenso, apasionado, con Clémentine Curial –Menti⁹⁵– en mayo de 1824:

Sólo entonces –escribe en los *Recuerdos de egotismo*⁹⁶– dejó de ser desgarrador el recuerdo de Métilde. Se transformó para mí en un fantasma tierno, profundamente triste y cuya aparición me predisponía soberanamente a las ideas afectuosas, buenas, justas, indulgentes.

Un nuevo amor que sólo significaría sin embargo un paréntesis de dos años y que de nuevo dejaría abierta la vieja herida tras lo que él llama “la horrible desgracia del 15 de septiembre de 1826”⁹⁷; una nueva ruptura, clamorosa ésta, que de nuevo lo sumirá en la desdicha, aún mayor y más intensa si cabe teniendo en cuenta que un año antes, el 1 de mayo de 1825, Métilde Dembowski moría en Milán poniendo fin a una esperanza jamás desechada. Aquella negra desesperación le impulsaría a adoptar definitivamente la máscara social de invidio insensible, rudo, mordaz, *homme d'esprit*, en el sentido lato que tal término entraña en la lengua francesa. Una nueva personalidad para un hombre sentimentalmente vencido, un hombre de corazón tierno y sensible en grado sumo, que decía adiós a una forma de ser forzosamente en desacuerdo con su mundo. En adelante sería el cáustico Beyle que incluso llegaría a desconcertar a sus más íntimos amigos, como es el caso de Mérimée⁹⁸.

Una vez más, Henri Beyle, después de su ruptura forzosa con Menti, se había mostrado incapaz de llevar a la práctica los viejos consejos amorosos de su tío Romain Gagnon, el don Juan grenoblés. Una vez más, en vez de

⁹⁴ Allí sólo se atrevería a volver en 1828, pero para su desgracia no tardaron en expulsarlo.

⁹⁵ Clémentine –en los *Recuerdos de egotismo* aparece bajo los pseudónimos “Condesa Du Long” y “Condesa Berthois” –era hija del conde y de la condesa Beugnot y se desposó en 1810 con el general Curial. Fue uno de los grandes amores de Beyle, que gustaba de llamarla “Menti”. Mantuvo relaciones íntimas con él de 1824 a 1826.

⁹⁶ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 324.

⁹⁷ En el capítulo I de la *Vida de Henry Brulard*, Stendhal, en uno de sus arranques de sinceridad, confiesa que Clémentine fue de todas sus amantes aquella que mayor dolor le infligió al abandonarle. “La admirable victoria de Menti –escribe en ese mismo capítulo– no me produjo una dicha comparable a la centésima parte de la aflicción que me causó al dejarme por monsieur de Rospiec”. Y poco antes, en el mismo capítulo prologal, añade: “Y Menti, ¡cuál no sería el pesar en que me dejó al abandonarme! Y al llegar aquí, me estremecí evocando aquel 15 de septiembre de 1826, en San Remo, a mi regreso de Inglaterra. ¡Qué año pasó del 15 de septiembre de 1826 al 15 de septiembre de 1827!”.

⁹⁸ Mérimée, si bien apreció la inteligencia penetrante de Henri Beyle, se mostró plenamente desacertado a la hora de valorar su obra, e incluso fue sumamente injusto con su amigo en su texto H.B., especie de oración fúnebre irónica, aparecida de forma anónima, en edición muy restringida, en 1850, cuando, entre otros muchos detalles curiosos, escribe: “Durante toda su vida se vio dominado por la imaginación y no hizo nada que no fuera de un modo brusco y movido por el entusiasmo. Se jactaba sin embargo de no obrar nunca más que según el dictado de la razón. “Hay que guiarse en todo por la LO-GIQUE”, decía estableciendo un intervalo entre la primera sílaba y el resto de la palabra. Pero sufría y se impacientaba cuando la lógica de los demás no era la suya propia”.

llevar a cabo una rápida huida hacia delante enamorando rápidamente a la hembra más a mano como modo de reafirmación del ego herido, Beyle optaba por el retrotraimiento parapetándose en su propia intimidad y erigiendo su propia fortaleza. Sin embargo, la lección –la suya propia– ya estaba bien aprendida y la opción tomada. La dicotomía quedaba definitivamente establecida. El hombre seguiría abierto, aunque siempre al acecho, al mundo. El corazón sensible, hasta entonces entregado al amor –el asunto más serio y fundamental, o probablemente el único⁹⁹–, optaría por otros paisajes donde albergarse y recrearse. Y si *Armancia*, redactada en plena crisis con Clémentine, era portadora de toda la angustia y frustración –traducida en impotencia– de un alma, la carrera novelística de Stendhal, desde el fracaso de esa su primera novela hasta su apoteosis con *La Cartuja de Parma*, no iba a ser sino una recreación en la escritura de los viejos paraísos perdidos, los posibles desaprovechados, lo que pudo ser y no fue, las antiguas pulsiones de amor y muerte, combinadas una y otra vez, en distintos entornos, las diferentes posibilidades del sueño y la ilusión desmedida de un hombre ya para siempre refugiado en la ficción.

Semejante opción, el narrador lo sabe bien, no es baladí. Stendhal, aunque sabedor de su genio –en especial a partir de 1830–, siempre consideró sus obras como billetes de lotería¹⁰⁰, e incluso, reconociéndose adelantado a su tiempo, se permitió el lujo, entre *boutade* y *boutade*, de aventurar la época en que sus libros triunfarían¹⁰¹. Renunciar a la pasión en pro del arte, inclinarse por la compensación de la escritura, refugiarse en una obra donde se pongan en juego las múltiples posibilidades que quedaron aparcadas en el camino de la vida, entraña, además, una compensación suplementaria: el mantenimiento de la ingenuidad, de la fe en la vida, de esa candidez primordial que el comercio carnal acaba destruyendo, de ahí que, por más que Stendhal, por un lado, lamente no haber aplicado puntualmente los consejos de su tío Romain, por otro se sienta plenamente compensado tras la conducta asumida, que sabe definitiva y revitalizadora:

¡Lástima no haberme acordado de este gran táctico (su tío Romain)! ¡Cuántos éxitos perdidos! ¡Cuántas humillaciones recibidas! Pero si hubiese sido hábil

⁹⁹ Buena prueba de ello la hallamos en el capítulo II de la *Vida de Henry Brulard*, cuando escribe: “El estado habitual de mi vida ha sido el de amante desgraciado, entusiasta de la música y de la pintura, es decir, deseo de gozar de los productos de estas artes y no de practicarlas torpemente. Siempre he buscado con exquisita sensibilidad el espectáculo de los bellos paisajes: por eso únicamente he viajado. Los paisajes eran como el arco que hace vibrar el alma (...) Veo que la ensoñación es lo que he preferido ante todo, incluso a pasar por hombre de ingenio” (Ed. cit., p. 19).

¹⁰⁰ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 356.

¹⁰¹ Así, por ejemplo, en la *Vida de Henry Brulard*, capítulo I, escribe: “Si hay suerte, tendré la posibilidad de ser leído en 1900 por las almas que amo, las madame Roland, las Mélanie Guilbert, monsieur Gros, el geómetra...” (Ed. cit., p. 14). E incluso en una carta se atreve a aventurar que será entendido hacia 1935.

estaría asqueado de las mujeres hasta la náusea, y por consiguiente, de la música y de la pintura como mis dos contemporáneos monsieur de la Rosière y monsieur Perrochin. Están secos, aburridos del mundo, filósofos. En vez de esto, en todo lo que se refiere a las mujeres, tengo la fortuna de ser cándido como a los veinticinco años.

Gracias a esto no me pegaré nunca un tiro por asco de todo, por hastío de la vida. En la carrera literaria veo todavía muchísimas cosas que hacer. Tengo trabajos posibles para ocupar diez vidas¹⁰².

Los Recuerdos de egotismo constituyen, pues, dentro de la densa obra de Stendhal una pieza básica que nos da la clave del paso de la vida a la consagración del arte, una vida que proseguirá con altibajos y en la que aún seguirá desempeñando, desde luego, su papel fundamental el amor, pero que, perdidas ya ciertas ilusiones relativas a la esperanza de cimentar cierto grado de felicidad en la tierra, tenderá a refugiarse en una escritura que poco a poco irá trenzando su hilo de Ariadna en torno a las múltiples posibilidades de la doctrina del amor, doctrina que tan teóricamente había analizado el grenoblés en ese hermoso ensayo de 1822 al tiempo que veía fracasar su cándido acoso a la bella milanese, pero ensayo que, a fin de cuentas, era el umbral teórico necesario e indispensable para adentrarse en el universo de la ficción¹⁰³. Al final, como en cualquier héroe stendhaliano, se impondría la reclusión liberadora, lejos del mundo y de sus mentiras, la escritura como catarsis en cualquier cartuja lejana, rememorando las horas de amor recreadas por el ensueño:

¿Has visto alguna vez, lector benévolo –escribe en los *Recuerdos de egotismo*¹⁰⁴–, un gusano de seda que haya comido bastante hoja de morera? La comparación no es noble, ¡pero es tan exacta! Este feo bicho ya no quiere seguir comiendo: necesita trepar y fabricar su cárcel de seda.

¹⁰² STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 397.

¹⁰³ En efecto, hacia 1820 se puede decir que el universo de Stendhal –tal y como aparecerá plasmado en sus obras– ya ha quedado configurado, pero, antes de pasar a la creación novelesca, Stendhal, como buen discípulo de los Ideólogos, siente la necesidad de elaborar la teoría, utilizando conjuntamente los resultados de su análisis lógico del corazón humano y su experiencia de la pasión: de ahí que, tal y como escribe Henri Lemaître (*Du Romantisme au Symbolisme*, 1790-1914, Bordas, 1982, p. 187), podamos considerar el tratado *Sobre el amor* como una especie de prefacio, a la vez ideológico y experimental, de la obra novelesca.

¹⁰⁴ STENDHAL: *Recuerdos de egotismo*, op. cit., p. 391.